



REY
DESNUDO
REVISTA DE LIBROS

Relecturas

Montereale*

Christopher Hill

Esto no es otro *Montaillou*. El libro del profesor Ginzburg se ocupa de un hereje aislado, no de una comunidad herética. Pero comparte algunas de las cualidades de esa obra maravillosa. Revela un cuerpo casi igualmente inquietante de ideas heterodoxas existentes dentro una sociedad nominalmente católica. La Edad Media, ha sido dicho con poca amabilidad, aparentaría ser la “edad de la fe” porque toda la evidencia que sobrevive fue escrita por monjes y sacerdotes. Podríamos extender esto a los dos siglos posteriores a la invención de la imprenta: parecerían ser los siglos de la fe porque los sacerdotes controlaban la censura. Es muy difícil averiguar lo que las personas corrientes pensaban. Podrían haber aceptado la ortodoxia de los miembros de los estamentos superiores, aunque hay varios indicadores de que no fue así. Pero si sostuvieron visiones heterodoxas, no había perspectivas de que fueran impresas, excepto cuando la ortodoxia las refutaba y denunciaba. Sólo los historiadores de la actual generación, como Robert Mandrou y Peter Burke, intentaron seriamente constatar lo que sucedía debajo de la superficie. En *Montaillou* Le Roy Ladurie recurrió a un escondite afortunado de evidencia. Ginzburg encontró otro.

* Publicado originalmente como “Montereale”, reseña de *The Cheese and the Worms* de Carlo Ginzburg (*LRB*, Vol. 2, nº 21, 6 de noviembre de 1980) por Christopher Hill (Copyright © Christopher Hill, 1980). Traducido con el permiso de A.M. Heath & Co Ltd, por Julián Delgado y Rodrigo González Tizón. Para las citas de la obra de Ginzburg se utilizó la edición española Ginzburg, Carlo: *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*, Barcelona, Océano, 2011. A ella corresponden los números de página indicados entre paréntesis, excepto en el caso de las citas del prefacio a la edición inglesa, que fueron traducidas especialmente, con las páginas indicadas en las notas.

Domenico Scandella, conocido como Menocchio, vivió desde 1532 hasta 1599 o 1600. Era un molinero que pasó casi toda su vida en Montereale, un pequeño pueblo montañoso en Friuli, parte de la República de Venecia. La ocupación de molinero distinguía a Menocchio de su comunidad. “El molino era un lugar de encuentro, de relación social, en un mundo fundamentalmente cerrado y estático” (p. 206). Como la taberna, “era un lugar de circulación de ideas” (p. 206) y los molineros eran “un grupo profesional tendencialmente abierto a las ideas nuevas y propenso a difundirlas” (p. 207). Los molineros eran notorios en las sectas heréticas medievales y entre los anabaptistas del siglo XVI. Ginzburg describe otro molinero viviendo al mismo tiempo en las montañas de Módena que tenía herejías similares a las de Menocchio.

Venecia era el estado más liberal y anticlerical de Italia: los ingleses de los albores del siglo XVII veían a los venecianos casi como protestantes honorarios. El gobierno de los burgueses patriotas de la República explotaba la fuerte hostilidad que existía entre los nobles y los campesinos en el Friuli, apoyando a los últimos. El Friuli era la única región en Europa que tenía un cuerpo representativo para el campesinado en el Parlamento. Menocchio se benefició del anticlericalismo veneciano cuando fue llevado por primera vez a juicio por herejía en 1584: se le recordó al inquisidor que según las regulaciones venecianas se requería de la presencia de un oficial secular en todos los procesos impulsados por la Inquisición. En consecuencia, para los estándares del siglo XVI Menocchio vivía en una sociedad relativamente libre; y su aldea estaba escondida en las montañas.

El profesor Ginzburg recurrió al informe del interrogatorio de Menocchio, que por lo general es tan completo que se imprime en forma de diálogo. Menocchio era un solitario que pensaba mucho por su cuenta. Sabía que algunos de sus pensamientos eran peligrosos, pero encontraba irresistible la audiencia cautiva de sus jueces y volcaba hacia ellos sus ideas con la más salvaje imprudencia, sólo ocasionalmente refrenada por una astucia transparente. Los inquisidores parecen haber quedado estupefactos por lo que escuchaban, y haber intentado arduamente darle un sentido coherente para poder identificar las herejías de Menocchio.

Once libros fueron mencionados en el proceso a Menocchio. Algunos eran suyos, otros prestados. No debemos subestimar la importancia de la imprenta para llevar nuevas ideas a gente

como Menocchio. Una traducción italiana de la obra del siglo XIV *Los viajes de Sir John Mandeville* le reveló la existencia de las muy diferentes civilizaciones y religiones del Islam, la India y China. Probablemente también leyó el Corán, del cual apareció una traducción italiana en Venecia en 1547. Este es otro ejemplo del relativo liberalismo de la República: el Corán no fue editado en inglés hasta 1649.

El profesor Ginzburg enfatiza que la lectura de Menocchio fue “unilateral y arbitraria, casi ansiando la confirmación de ideas y convicciones sólidamente establecidas” (p. 90). John Bunyan, igualmente iletrado, se enfrentó a problemas similares luego de la publicación del Corán en Inglaterra. El profesor Ginzburg compara a Montaigne, un contemporáneo operando en un nivel intelectual completamente diferente, quien extrajo conclusiones escépticas de la lectura de descripciones de los nativos de América. De Mandeville, Menocchio extrajo la idea de que había buenas personas en todas las religiones: pero dado que había “nacido cristiano [...] quería vivir como cristiano, [y] que si hubiese nacido turco habría querido seguir siendo turco” (p. 107). De una fuente bastante sorprendente como el *Decamerón* de Bocaccio, Menocchio extrajo la conclusión de que “cada uno cree que su fe es la buena, pero no se sabe cuál es la buena” (p. 107) (Menocchio leyó el *Decamerón* en una edición publicada antes de que la censura de la Contrarreforma se hiciera cargo del libro; sólo el relato que dio lugar a esa conclusión –un relato que los censores eliminaron– permaneció en su memoria).

Tolerancia, respeto hacia las ideas de los otros, parecen ser algunas de las ideas para las que Menocchio encontró confirmación en su lectura. De una fuente todavía menos plausible, *Il Fioretto de la Bibbia*, Menocchio extrajo su “opinión de que muerto el cuerpo muere también el alma, ya que hay tantas y distintas suertes de naciones que creen de una manera y de otra” (p. 104). Es un *non-sequitur*: pero ilustra una de las más firmes convicciones de Menocchio. Los inquisidores podían fácilmente conducirlo hacia trampas lógicas, pero no podían hacerlo renunciar a sus ideas, profundamente arraigadas.

Entonces el problema que el profesor Ginzburg aborda es el de identificar y dar cuenta de esas convicciones que Menocchio no extrajo de su lectura sino que trajo hacia ella:

Así pues, vemos aflorar en los discursos de Menocchio, como de una grieta en el terreno, un estrato cultural profundo tan insólito que resulta casi incomprensible. A diferencia de los casos examinados hasta ahora, aquí no se trata únicamente de una reacción filtrada a través de la página escrita, sino de un remanente irreductible de cultura oral. Para que esta cultura distinta pudiese salir a la luz, tuvieron que producirse la Reforma y la difusión de la imprenta. Gracias a la primera, un sencillo molinero había podido pensar en tomar la palabra y decir sus propias opiniones sobre la Iglesia y sobre el mundo. Gracias a la segunda, dispuso de palabras para expresar la oscura e inarticulada visión del mundo que bullía en su fuero interno. En las frases o retazos de frases arrancadas a los libros encontró los instrumentos para formular y defender durante años sus propias ideas, primero ante sus paisanos, luego ante los jueces armados de doctrina y de poder. (pp. 122-123)

“¿Qué te crees?, los inquisidores no quieren que sepamos lo que ellos saben” (p. 124), le explicaba a un aldeano.

¿Pero qué era esa “cultura oral” a la que la Reforma y la imprenta habían dado rienda suelta? ¿Cuáles eran las ideas que Menocchio incorporó a su lectura? En este punto lo que me parece uno de los aspectos más sobresalientes es la medida en que las ideas de Menocchio pueden ser puestas en paralelo con aquellas sostenidas en Montaigne dos siglos y medio atrás, y con ideas que merodeaban subterráneamente en Inglaterra desde por lo menos los lollardos del siglo XV y que salieron a la luz en el ambiente liberal de la década de 1640, cuando colapsó la cesura sacerdotal. Las mismas incluían el rechazo de la Trinidad, de la divinidad de Cristo, del sacrificio de la Cruz; la negación de la inmortalidad del alma, de la existencia de un Cielo o un Infierno locales, del nacimiento virginal, de la santidad del matrimonio. Menocchio era hostil al latín en cuanto lengua del estrato privilegiado, y pensaba que “la Sagrada Escritura ha sido recuperada para engañar a los hombres” (p. 50). Los evangelios apócrifos no tenían menor autoridad. Él rechazaba las imágenes, las ceremonias, los sacramentos, los días de los santos, el poder, la suntuosidad y la opresión económica de la Iglesia y la intermediación sacerdotal: los laicos tenían derecho a predicar. Más aún, Menocchio aceptaba una suerte de panteísmo materialista, como aquel que sería reproducido en la Inglaterra de mediados del siglo XVII por los *ranters* y Gerard Winstanley. “Todo lo que se ve es Dios, y nosotros somos dioses” (p. 64). Menocchio tenía una tolerancia amplia y era impaciente con las sutilezas teológicas. “Hay que estar prestos a hacer el bien mientras uno está en este mundo” (p. 46) antes que preocuparse por las plegarias para los difuntos. “Es precepto más importante amar al prójimo que amar a Dios” (p. 91). “Quien no hace mal al prójimo no comete pecado” (p. 94), aun cuando blasfeme. Es más una moral que una religión. Muchas de estas nociones eran sostenidas por los anabaptistas en el Friuli a mediados de siglo; Menocchio podría haber

estado en contacto con estos grupos, aunque esto no puede ser comprobado. Él era dueño de una Biblia vernácula, un libro prohibido.

Sus ideas recuerdan también a aquellas del gran hereje antitrinitario Miguel Servet, a quien Calvino quemó después de que aquél escapara de la Inquisición. No hay evidencia de que Menocchio haya leído a Servet, cuyas herejías efectivamente circularon de forma amplia en Italia, no sólo entre los doctos. El énfasis de Servet en la humanidad de Cristo, su creencia de que el Espíritu Santo significaba la razón suprema del hombre y de que Dios estaba en todas las cosas, incluidos los seres humanos, podría subyacer al estallido de Menocchio:

¿Qué os imagináis que es Dios? Dios no es más que un poco de hálito... El aire es Dios... Nosotros somos dioses... Creo que (el Espíritu santo) está en todos los hombres del mundo... ¿Qué es este Espíritu santo?... No se encuentra este Espíritu santo. (p. 135)

Incluso si estos contactos pudieran ser establecidos, no son suficientes para explicar las herejías de Menocchio. El hecho de que tantas de ellas puedan ser encontradas en el Montaillou del siglo XIV, en la Inglaterra de los siglos XV y XVII, y entre un gran número de las herejías europeas del siglo XVI, sugiere que el profesor Ginzburg está en lo cierto al postular la existencia de “una cultura oral que era el patrimonio no sólo de Menocchio sino de un vasto segmento de la sociedad del siglo XVI”¹. Estas creencias estaban libremente formuladas y variaban de un lugar a otro: pero la evidencia de su existencia es muy fuerte. El profesor Ginzburg insiste en que la cultura campesina existía por sí misma, y que no era simplemente el residuo de ideas provenientes de la alta cultura. En efecto, sugiere que debemos ver “una relación circular compuesta de influencias recíprocas, que conduce tanto de abajo hacia arriba como de arriba hacia abajo”². Los ecos aparentes de Wyclif, los anabaptistas o Servet en Menocchio nos pueden decir más sobre los orígenes de estas herejías que sobre los contactos de Menocchio. El profesor Ginzburg sugiere que los inquisidores estaban siendo innecesariamente inteligentes al escuchar ecos de Wyclif en la creencia de Menocchio en la mortalidad del alma. Pero los anabaptistas probablemente heredaron esta creencia de los husitas, quienes la tomaron de los lolardos ingleses. Los tres pueden tener sus raíces en creencias campesinas de más larga data.

1 Del prólogo a la edición inglesa, p. xii.

2 *Ibid.*

Algunas de las páginas más interesantes de este fascinante libro lidian con el problema de identificar las nociones centrales de esta cultura oral campesina. Por definición, éstas no pudieron ser impresas en una imprenta bajo censura. “Las ideas, creencias y esperanzas de los campesinos y artesanos del pasado nos llegan (cuando nos llegan) a través de filtros intermedios y deformantes” (p. 12). Ginzburg habla de “la tenaz persistencia de una religión campesina intolerante ante dogmas y ceremonias, vinculada a los ritmos de la naturaleza, fundamentalmente precristiana” (p. 194). Sólo en la década de 1640 en Inglaterra los *levellers*, *diggers*, *ranters*, así como los cuáqueros tempranos y otras sectas pudieron poner por impreso algunas ideas populares. Ginzburg identifica el racionalismo, el escepticismo, el materialismo, el igualitarismo utópico y el naturalismo religioso como características permanentes de esta cultura.

Los libros, como hemos visto, no eran “fuentes” para Menocchio. “Entre él y la página impresa” había “un tamiz que pone de relieve ciertos pasajes mientras oscurece otros” (p. 86). Y este tamiz “nos remite continuamente a una cultura distinta de la expresada por la página impresa: una cultura oral” (p.86). Menocchio insistía en que sus opiniones eran “sacadas de su cerebro” (p. 86). “Yo no creía que existiera el paraíso, porque no sabía dónde estaba” (p. 54). El título del libro de Ginzburg deriva de la idea de Menocchio de que el mundo no fue creado por Dios sino “producido por la natura”, “de la más perfecta sustancia del mundo” (p. 115). De este caos original los ángeles y Dios mismo fueron producidos por generación espontánea, “a semejanza de un queso en el que se producen gusanos” (p. 115). El profesor Ginzburg destaca que la doctrina de la generación espontánea de la vida a partir de la materia inanimada fue una idea “tendencialmente científica” (p. 118), cuya plausibilidad no fue refutada hasta más de un siglo después. Llama la atención sobre el uso que hace Tomás Burnet de la metáfora de la creación a partir del queso en *La teoría sagrada del origen de la Tierra* (1681).

Así se nos lleva de vuelta a la teoría de la transmisión recíproca de ideas entre la cultura popular y la docta: el problema de “las raíces populares de gran parte de la alta cultura europea, medieval y postmedieval” (p. 215). El profesor Ginzburg se refiere a Rabelais, Brueghel, los anabaptistas y Servet: nos recuerda que Giordano Bruno fue quemado al mismo tiempo que Menocchio. Sugiere que después de la Guerra de los campesinos en Alemania y del reinado de los anabaptistas en

Münster (en las décadas de 1520 y 1530) se hizo un esfuerzo decidido para restablecer la hegemonía ideológica de los estratos superiores. Ese esfuerzo asumió “diversas formas en los distintos países de Europa, pero la evangelización del agro por obra de los jesuitas, y la organización religiosa capilar, sobre el núcleo familiar, realizada por las iglesias protestantes, pueden conciliarse dentro de una tendencia única”, que desemboca en la “represión y (...) aniquilamiento de la cultura popular” (p. 216).

Incluso si pensamos en nuestro gran poeta herético Milton, es notable cómo muchas de sus ideas heterodoxas reproducen en un formato más sofisticado aquellas de Menocchio: el rechazo de Milton a la creación *ex nihilo*, su doctrina de la creación a partir de un caos preexistente, su materialismo teológico, su antitrinitarismo, (usualmente atribuido a la influencia de Servet), negando cualquier equivalencia entre el Hijo y el Padre, su creencia de que “todos somos hijos de Dios” (p. 43), su odio apasionado contra la idolatría, su rechazo de la monogamia. Los ángeles rebeldes de Milton argumentaban que no habían sido creados por Dios sino que eran auto-engendrados. Las herejías de Milton son tradicionalmente atribuidas a fuentes clásicas: el notable libro de Ginzburg refuerza la idea de que deberíamos pensar más en la posible relación de Milton con la cultura popular.

El queso y los gusanos es una lectura cautivadora. La traducción, que debe haber sido difícil, se lee excelentemente. Los traductores, sin embargo, han agregado una nota gratuita en la que nos dicen que Menocchio tuvo un juicio justo. La práctica de registrar lo que la víctima “pudo haber dicho durante la tortura, incluso sus suspiros, sus gritos, sus lamentos y sus lágrimas”³, tan útil para el historiador, fue “diseñada para desalentar irregularidades”⁴. Menocchio fue torturado y quemado bajo “lo que era, para la época, un código legal esencialmente moderado”⁵. El profesor Ginzburg, más sabiamente, se limitó a remarcar la presencia de un observador laico en el primer juicio a Menocchio, durante el cual la tortura no fue empleada. Parece no haber evidencia en relación a este punto en su segundo proceso, pero Roma creyó necesario insistir en que “la publicidad de causas de tanta importancia no se pueden en modo alguno revocar con la

3 Nota de los traductores de la edición inglesa, p. ix.

4 *Ibidem*.

5 *Ibidem*.

consiguiente duda hacia el Santo Oficio”, lo que sugiere que la autoridad secular estaba tratando de salvar a Menocchio. El molinero fue quemado por “el entendimiento expreso de Su Santidad” (p. 218), el Papa Clemente VIII.

Hay sólo un momento de consuelo en esta triste conclusión. Menocchio fue sometido a la tortura del *strappado* por media hora, con el objetivo de que revelara los nombres de sus “cómplices”. Primero dijo “soltadme que voy a pensar” (p. 193), pero aun así no pudo evocar ningún nombre: casi seguramente no tenía ningún seguidor. Levantado nuevamente, prometió hablar, y nombró al conde de Montereale, señor de su aldea, y se apegó a esta historia. La última porción de astucia campesina fue suficiente: los inquisidores no estaban ansiosos por verse envueltos con un conde. Al menos hasta donde sabemos, Menocchio no fue torturado nuevamente hasta morir en la hoguera.